

Elena Fortún

Celia y sus amigos

Dibujos de Gori Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Índice

- 11 Celia, colegiala
- 19 La gran ceremonia
- 26 «Diario» de Celia
- 32 Cartas
- 38 Las arañas del salón
- 45 Carnaval
- 52 El criado de don Paquito
- 58 La sorpresa
- 65 La conferencia
- 71 Cuchifritín
- 78 Doña Petronila
- 84 El pozo
- 90 Me voy
- 97 El camino
- 103 La romería
- 109 Cine sonoro
- 115 El mar pequeñito
- 122 Convite
- 129 El hombre malo
- 136 Dentro de dos mil años
- 142 Mi compadre
- 149 ¡A París!
- 157 ¡Quería ser buena!
- 164 La barca
- 171 Como los indios

- 177 La mariquita
183 ¡Visitas!
189 ¡Náufragos!
195 Inventando juegos
202 La sanguijuela
209 ¡Vacaciones!
215 Día de lluvia
221 El bosque del ogro
228 ¡Se acabó!

He aquí que Celia ha vuelto otra vez entre nosotros.

Su padre, aterrado con sus travesuras, ha conseguido para ella una beca en el Colegio de Damas Nobles de Toledo, esperando que allí encuentre el equilibrio de su cabecita soñadora. *Celia en el mundo* había hecho demasiadas tonterías.

No estará mucho tiempo. Su espíritu inquieto no encontrará reposo en la serenidad apacible de este suave remanso de otros siglos.

Y, a los pocos meses, la veréis salir del colegio acompañada de otros chicos, viajar con ellos, jugar con ellos, inventar y soñar con ellos, viviendo todos en un mundo aparte que apenas tiene comunicación con el de las personas mayores, aunque a veces parezca que se mezcla y compenetra.

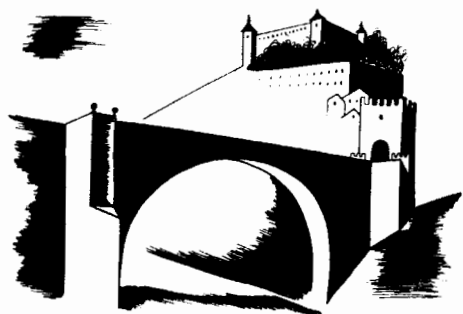
Pero Celia se va haciendo mayor.

Junto a su hermano se hace mujercita, se siente responsable de haberlo perdido en el bosque, y una mañana

Celia, como si despertara de un sueño, se encuentra en la realidad de un día lluvioso en París, que es el primero de su internado en un colegio de *Jeunes Filles* y el último de sus travesuras.

Acompañadla en estas páginas y no la dejéis hasta abrazarla en ese momento en que ella se despide llorando de nosotros...

Celia, colegiala

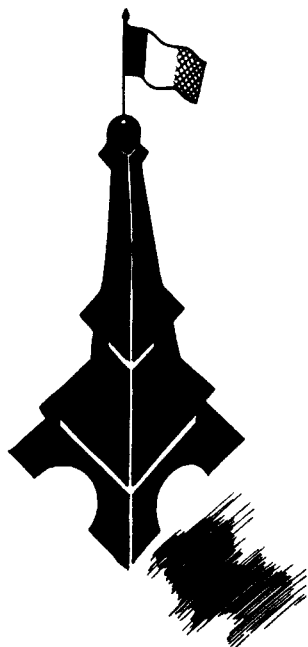


Mi colegio está en una ciudad muy vieja, que vi al llegar de la estación desde el coche en que venía con papá. Subimos por calles empinadas y estrechas y entramos por la puerta grandota del castillo del conde de Rocafuerte...

Bueno, era el colegio, no era el palacio del conde..., pero se parece mucho, sobre todo por fuera.

¡Ay, qué pena! Ya no hay castillo de Paulette, ni tío Rodrigo, que se quedó casi llorando, ni abuelita, ni *Pirracas*, que aún seguirá subiendo por la escalera del cielo..., si fue verdad aquello que soñé...

Papá se marchó en seguida de dejarme en el colegio, después de besarme mucho y hacerme más de mil recomendaciones: «Que seas buena, que no des guerra, que no inventes mentiras, que no leas cuentos, que no hagas diabluras, que nos escribas...».



—No es mala, no —les dijo a las profesoras—, pero tiene la cabecita a pájaros... Si la dejan trastornará a todas las chicas de la casa...

Le prometieron que harían de mí otra niña, porque ya habían tenido casos parecidos.

—Ya verá usted cómo se corrige y se hace razonable —y doña Paula me acariciaba como si me quisiera mucho.

Esta doña Paula es una viejecita muy buena que debe ser mi tía, porque así quiere que la llame. Con ella y otras dos niñas vivo yo al final del claustro, en el departamento que da al patio de palmeras.



Por las tardes cosemos en el gabinete alrededor de la camilla con el brasero dentro, que tía Paula revuelve de cuando en cuando. A las cinco y media preparamos el chocolate en el *aposentico*, y después de tomarlo, rezamos el rosario...

Luego dice tía Paula: «Santas y buenas noches nos dé Dios», y todas nos quedamos quietas y a oscuras un ratito. Éste era el momento en que yo contaba mis aventuras y todas me escuchaban en silencio...

Creí que les gustaban mucho, pero hoy tía Paula me ha llamado aparte y me ha dicho:

—No vuelvas a contar esas cosazas, cordera, porque se soliviantan las pequeñas... Además de que me parece que son mentiras... ¿En qué cabeza cabe que las señoras llevan pantalones en esas playas que tú dices?... Tampoco puedo creer que hayas ido a ver al Sultán subida en un elefante... Que no te vuelva yo a oír mentir.



Todos los días viene *monsieur* Gómez a dar lección de francés, y don Paquito a enseñar solfeo. Ninguna aprende ni una cosa ni otra. No sé por qué.

A *monsieur* Gómez lo llamamos *musiu Sapin*, y a don Paquito, don Ciruela, y mientras da la clase nos reímos mucho.

—Vamos, niñas, a ver cómo entonan ustedes la canción quince. «¡Do-mi-do-mi-sol-do...»

Musiu Sapin nos saluda:

—*Bonjour, mesdemoiselles, comment vous portez vous?*

Y todas contestamos a una:

—*Très bien, et vous?*

¡A París!



Hace muchos días vino una carta de papá, y el tío me llamó.

—¡Chiquilla, que sea enhorabuena! Ya están tus padres embarcados, y dentro de dos semanas estarán en París con tu hermanito... Tu padre vendrá a buscarte en seguida... Qué, ¿no te alegras?

—No...

—¡Ah! ¿Conque no? ¡Vaya una chica descastada!...,
¡Ya me había acostumbrado a estar sin ellos!... ¿Por qué me dejaron sola?

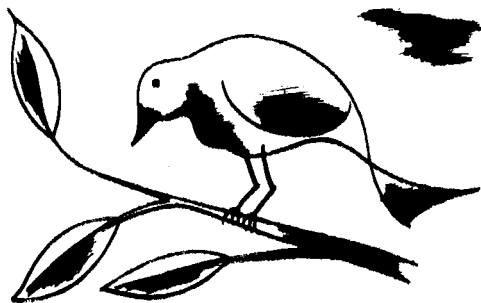
Paulette, en cambio, se puso muy contenta cuando supo que nos iríamos juntas a París.

—¿Y también *Rabutity*?

El tío dijo que sí, y que nos llevaríamos todas las muñecas, y el carrito, y los patines, y el canario que nos ha regalado doña Benita...

—Bueno, pues entonces no me importa irme.

¡Quería ser buena!



Cuando mi hermanito Cuchifritín se despertó al otro día me llamó:

–Celia, Celia, guapa, vísteme tú, que Sofía no sabe.

Yo le dije a mamá que ya nadie se ocuparía del nene más que yo. Todos los días me levantaría temprano para vestirlo y lavarlo, y tomar el desayuno con él...

–¡Ay, hija, no sabes tú la tragedia que es peinarle esos rizos alborotados!

–Ya verás, mamaíta, ya verás cómo conmigo se deja...

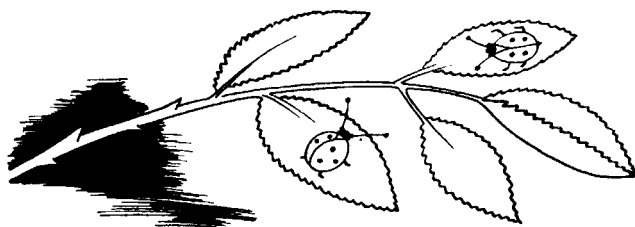
Y se dejó, ¡ya lo creo! Mientras contaba un cuento de un pajarito, que iba yo inventando al mismo tiempo:

«Pues, señor, éste era un pitirrojo, que tenía la pechuga colorada y las patitas amarillas, y el piquito azul...».

–¡Sería un loro!

–No, hijo, no era un loro, que era un canario mixto de verderón. ¡Cuchifritín, estáte quieto!... Pues el pajarito tenía en un árbol su nido... Un árbol llenito de hojas y es-

La mariquita



Cuando todos se fueron a jugar, yo me quedé con el jardinero, que limpiaba de pulgón los rosales. Había traído una bolsita de gasa llena de mariquitas encarnadas con pintas negras. De esas que hay que decirles:

*Mariquita, Mariquita,
ponte el manto y vete a misa.*

Y ellas levantan las alas, que son su manto, y se van, volando..., a misa, seguramente.

Pues el jardinero las repartió por los rosales, porque dijo que se comían a los pulgones... Y además hacía muy bonito.

Mamá estaba en el cenador tomando el té con una señorita que había venido de París y que está siempre asombrada y con la boca abierta, diciendo:

—Oh, comme il est beau! Oh, comme il est joli! Oh, qu'il est charmant!